

Los súper sabios se encuentran en Coyoacán: Miguel Capistrán y Juan Bruce- Novoa en el café Moheli

M I C H A E L K . S C H U E S S L E R



Fue alrededor de 2007 y yo había llegado temprano al Moheli, ubicado sobre la avenida Francisco Sosa, para esperar al gran “Capis” quien, en los últimos años, se había convertido en mi entrañable amigo, maestro y también minucioso corrector de estilo (incluso de gramática). Recuerdo que siempre le decía, a veces un poco recalcitrante: ¡Ay, Miguel, no pasa ni una de mis frases! En aquella ocasión, Miguel llegó, como siempre, con cierto retraso, y con una mirada de “yo no fui” y el aire de intelectual distraído. No importaba, como me había vuelto “adicto” a sus consejos (y correcciones), nunca me quejaba: al contrario, sabía que era un privilegio ocupar el lugar de discípulo privilegiado del “último de los Contemporáneos”, asistente personal de Salvador Novo, cicerone

de Borges en México (¡en dos ocasiones!) y un súper sabio de esos que ya no hay cuando ahora los necesitamos más que nunca. A Miguel siempre lo citaba media hora más temprano de la hora que yo pensaba que iniciara nuestra tertulia, y aun así, yo siempre llegaba primero, ganándome algunos comentarios sobre la “puntualidad gringa”.

En esta ocasión, habíamos quedado de vernos por un motivo especial ya que yo había invitado a Juan Bruce-Novoa aclamado hispanista, forjador de los “Chicano Studies”, *connoisseur* del arte moderno y hombre cosmopolita, a alcanzarnos unas dos horas después de mi reunión con Miguel porque así tendríamos tiempo para avanzar en la corrección de algún documento mío: creo que en esa ocasión se trataba del estudio preliminar a nuestro libro colectivo *México se escribe con J: una historia de la cultura gay*, volumen publicado por vez primera unos dos años después, en 2009.

A Juan Bruce-Novoa lo conocí en persona (ya sabía de él por sus muchos méritos en el ámbito de los estudios latinoamericanos y chicanos) en un congreso sobre cine y literatura, organizado por mi amiga y colega Jean Graham Jones de la Universidad Estatal de Florida. Asistí emocionado a la conferencia plenaria, porque sabía que Bruce-Novoa sería el “keynote speaker”. En esa ocasión se enfocó en la representación de México y de los mexicanos en el cine popular de los Estados Unidos, incluso las caricaturas de Walt Disney. Juan nos deleitó con fragmentos de películas “clásicas” estadounidenses como “Los tres caballeros” (Disney, 1944) y, por supuesto, varios episodios de “Bugs Bunny”, en los que pudimos recordar a personajes como “Speedy González” y su primo “Slowpoke Rodríguez”, entre otros personajes “mexicanos” que ya no recuerdo. Sin embargo, de lo que sí me acuerdo es el gran impacto que ejercieron sobre mi persona su manera a la vez erudita y familiar de interpretar y analizar la representación del mexicano en el cine de Estados Unidos: y el maestro Bruce-Novoa no tenía pelos en la lengua.

Después de su presentación, mi amiga Jean me presentó al invitado de honor y casi de inmediato sentí que había encontrado a un alma gemela... ¡pero al revés! Resulta que Juan había nacido en Costa Rica y muy pequeño sus papás lo habían llevado a la ciudad de México, donde pasaría algunos de sus años formativos. Más tarde, se fue a Estados Unidos, donde hizo su

doctorado en Colorado University y cambió su nombre de John (o Johnny) a Juan. Me acuerdo que ese día nos escapamos para comer juntos y ahí mismo, entre mordidas de un sándwich y unos Fritos, pactamos encontrarnos en la ciudad de México con mi amigo Capistrán, a quien tenía muchas ganas de conocer ya que sus estudios sobre poetas como Villaurrutia y, quizá en mayor grado Jorge Cuesta, siempre le habían parecido excelentes, por decir lo menos.

Así fue que decidí organizar esta reunión de dos súper-sabios, dos hombres que yo admiraba profundamente y cuyo encuentro “en carne y hueso” no me decepcionó en lo más mínimo... sino todo lo contrario. A los pocos minutos de la presentación y los saludos, estábamos inmersos en una ciudad de México ya remota en el tiempo, pero que tanto Juan como Miguel conocían al dedillo, amén de sus protagonistas culturales de la época. Aquella tarde en Coyoacán fueron conjurados Octavio Paz, Juan Rulfo, Salvador Novo, Jaime Torres Bodet, Elena Garro, Pita Amor y otros fantasmas, dentro de una plática-banquete que yo, joven estudioso de México, escuché, transfigurado en “mosca sobre la pared”, embelesado por sus recuerdos, sus impresiones, su enorme erudición.

No me acuerdo cómo, pero en medio de su diálogo surgió el tema de extranjeros en México, que a los tres nos interesaba mucho. En ese momento, y sin pensarlo, me atreví a compartir con Juan mi hallazgo de la copia mecano-escrita de la autobiografía de Alma Reed, “La Peregrina”. Al instante vi cómo brillaban sus ojos de emoción pues, al igual que Capistrán, él sabía perfectamente quién era esta mujer estadounidense que, como corresponsal del *New York Times*, había llegado a la península de Yucatán a principios del siglo XX para documentar las actividades del Instituto Carnegie en la ciudad sagrada de Chichén Itzá.

Ahí mismo —en el Moheli de Coyoacán— le conté a Juan la historia de cómo encontré el documento en el clóset de blancos de un departamento abandonado de la colonia Cuauhtémoc. Después de escuchar mi arenga, en la que creo haberme excedido un poco (si no mucho), Juan se despidió, pero no sin primero invitarme a dar la conferencia plenaria sobre Alma Reed en el congreso de UC-Mexicanistas de UC-Irvine, que ahora lleva su nombre. A Juan nunca lo olvidaré. Tampoco esa tarde mágica en el café Moheli. ●